

la continuidad de un sinnúmero de características permite a los arqueólogos aprovechar ampliamente la documentación histórica. Calnek confía incluso en que el análisis del material histórico pueda servir para hacer más significativa la comparación de los planos de Tenochtitlan y Tlatelolco con los de Teotihuacan y otros asentamientos prehispánicos. Los cultivadores de la historia urbana, particularmente de la ciudad de México, encontrarán sin duda que la obra de los arqueólogos les puede ser igualmente de indudable valor.

Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ
El Colegio de México

Eduardo BÁEZ MACÍAS: *El arcángel san Miguel*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979. «Instituto de Investigaciones Estéticas, Monografías de arte, 2.»

El Instituto de Investigaciones Estéticas inició, durante el año pasado, la publicación de una serie de "Monografías de arte" de la cual han aparecido hasta ahora dos volúmenes: *Dadd*, de Ida Rodríguez Prampolini y Rita Eder, y *El arcángel san Miguel* de Eduardo Báez Maclas. Aquí voy a ocuparme sólo del segundo de ellos, que, en mi opinión, es uno de los estudios monográficos más acuciosos, bien informados y mejor escritos que hayan caído en mis manos. Por si esto fuera poco, está además bien presentado e ilustrado. Las cuarenta láminas que acompañan al texto son claras y permiten seguir paso a paso la exposición del autor, aunque hay que lamentar que no aparezcan los datos de la que ilustra la portada y que todas las interiores sean en blanco y negro, ya que, como se sabe, el color es elemento importantísimo en el barroco mexicano.

Por lo que se refiere al texto, éste se inicia —como una sinfonía— con unas cuantas notas sencillas que van creciendo y complicándose hasta llegar al climax, para volver por fin, mansamente, a su origen. Advirtamos ahora que el tema nada tiene de sencillo; pues si bien los cuadros están ahí en toda su magnificencia o su ingenuidad y no es demasiado difícil para un conocedor —como lo es evidentemente Báez Macías— describirlos, catalogarlos, adscribirlos a un tiempo y un lugar determinados, descubrir

al autor o cuando menos la escuela de la que nacen, si todo esto es, como digo, más o menos fácil, el verdadero trabajo está en fijar la personalidad —¿podrá aplicarse este término a un ser espiritual?— del retratado. De hecho, todos sabemos que san Miguel no es un santo como los demás, sino que pertenece al género “arcángel” y que, en algún momento, libró una batalla contra el demonio. Pero ¿sabemos algo más? La paciente investigación de Báez Macías logra presentar al santo en su diversidad de papeles: capitán de las milicias celestes, protector del pueblo de Israel, *archistrategos*, conductor de almas y *apotropaïos* (“el que libra del mal”). Y no sólo eso, sino que establece los grados de los distintos coros angélicos y hasta nos describe las diversas formas y texturas que pueden tener las alas de los ángeles y las notables diferencias que hay entre éstas y las de los demonios. También nos hace conocer las escasas veces que un ser humano se ha topado con el príncipe de los ángeles: se apareció en Chonæ (Iconium) a san Juan Evangelista y, antes que a él, a Jasón y a los argonautas; después a Constantino y a un pastor, Gárgano, de la Manfredonia; al obispo Auberto de Normandía; varias veces en España, y una en la propia Roma. La última vez que fue visto (y es la más importante para nosotros) fue en Tlaxcala, por un joven indio, Diego Lázaro de San Francisco, en 1631.

El común denominador de todas estas apariciones es, según se desprende del texto, el deseo del arcángel de ser venerado en un lugar determinado. Y así surgieron el santuario de Cherotipa, el Michaeliön, Mont Saint Michel y San Miguel Excelsi; por ello el mausoleo de Adriano se llama ahora Santángelo, y, por fin, ése es el origen del pueblo de San Miguel del Milagro en los límites entre Puebla y Tlaxcala. Si algo pudiera reprocharse al libro sería en todo caso no insistir más en lo que esta aparición significó para la Nueva España del siglo xvii, significado que atestigua la riqueza del santuario y el hecho de que sea el jesuita Florencia, el “evangelista guadalupano”, quien escribió la historia de las apariciones. Pero el reproche sería injusto, pues este tema se sale ya del marco de lo artístico.

Como se salen también las notas que vienen a continuación, brotadas de mi perplejidad, y que en nada tocan el valor de esta monografía. Pero resulta que, a fin de reconstruir tanto la historia de la devoción a san Miguel como la de sus apariciones y

explicar así los detalles iconográficos, Báez Macías utiliza dos fuentes principales: la Leyenda Aurea (muy mezclada, por lo demás, con relatos tomados de los apócrifos), y el libro del jesuita Juan Eusebio Nieremberg: *De la devoción y patrocinio de san Miguel, príncipe de los ángeles* (1643). Es indudable que estos textos son una espléndida guía para describir las distintas funciones, actitudes, símbolos y hasta trasfondos que la pintura presta al arcángel y su utilidad para el trabajo de Báez Macías es indiscutible. Lo que me llama la atención es que el libro de Nieremberg llega —a pesar de la eminencia del autor y de licencias, censuras y aprobaciones— a afirmaciones muy pintorescas que rozan de cerca la heterodoxia. En todo esto debe tenerse en cuenta, desde luego, que si bien la iglesia afirma la existencia de los ángeles, poco es lo que dice de ellos en general y de san Miguel en particular. De hecho, sólo tres libros de la Biblia mencionan el nombre de Miguel: *Daniel* x, 13 y 21; xn, 1; *Judas* 9 y *Apocalipsis* xn, 7ss. A ellas habría que añadir algún pasaje del *Pastor de Hermas* (s. 8, 3), de Orígenes (*De principiis* II, 2, 1), del Oficio Romano, del Oficio de Difuntos y aun, si se quiere, el *Confiteor*. De todos ellos puede deducirse la gran jerarquía del arcángel, misma que le reconoce la tradición judía y cristiana, pero de allí a decir, como hace Báez Macías apoyándose en Nieremberg, que “hubo creyentes que llegaron a pensar que san Miguel no podía ser otra cosa sino el mismo Dios y salvador del mundo, Jesucristo”, que el arcángel es “el único que puede ocupar el sitio del Señor y ostentarse como Dios mismo” y sostener, en suma, que el nombre debe leerse *Qui est sicut Deus*, hay una gran distancia. Nieremberg, hombre eruditísimo y autor prolífico, utiliza para llegar a estas afirmaciones varios textos bíblicos (que Báez Macías transcribe en la p. 10, n. 3) en los que se habla de un ángel al que no se da nombre propio alguno o en los que el término “*Dominus*” puede producir confusión al aplicarse indistintamente al ángel de Yavé o a Yavé mismo. Esta última confusión se presenta sobre todo en la Vulgata, ya que las nuevas versiones la evitan cuidadosamente; por ejemplo, en los pasajes de *Números* y *Levítico* citados por Nieremberg, el texto de Nacar-Colunga asienta que quien habla a Moisés es Yavé. En otros casos, como el del ángel que anuncia a Manué su próxima paternidad (*Jueces* XIII, 3-20) o del que lucha con Jacob (*Génesis* xxxII, 25-33), la confusión no está en uso de

la palabra "señor", sino en que los personajes —que han tenido trato con un ángel— digan textualmente que han visto a Dios. Aquí, las Biblias católicas se apresuran a aclarar, mediante notas al pie, que los ángeles son, como lo indica su nombre, enviados, mensajeros o representantes de Dios, nunca Dios mismo. Resulta además digno de nota que el pasaje relativo al nacimiento de San-són, que Nieremberg usa para señalar la supuesta identidad entre san Miguel y Dios, sea utilizado por otros comentaristas como prueba de que sólo se debe culto y adoración a Dios, ya que el ángel hace que Manué y su mujer ofrezcan un sacrificio a Dios y no a él.

Los excesos del padre Nieremberg al alabar al arcángel san Miguel son tanto menos explicables cuanto que desde el año 561 el Concilio Bracarense afirmó: "Si alguno cree que las almas humanas o los ángeles tienen su existencia de la sustancia de Dios, como dijeron Maniqueo y Prisciliano, sea anatema" (Denzinger, 235). Y con esta cita basta, pues la lista de los concilios y de los teólogos que han sostenido que los ángeles son criaturas y, por ello mismo, distintas de su Creador, es interminable. Ni siquiera cabe aceptar que el título de "príncipe de los ángeles" califique a san Miguel no como el primero de su coro (que es el tercero), "sino dentro de los nueve coros y de toda la jerarquía, por lo que viene a ser el espíritu más elevado después de la Santísima Trinidad" (p. 12), ya que es el propio santo Tomás de Aquino quien se opone a esta interpretación en el único pasaje en que habla de Miguel. Y de teólogo a teólogo, pesa más el dominico que el jesuita.

¿Cómo explicar, en consecuencia, este desbordado entusiasmo de Juan Eusebio Nieremberg, el austero asceta, por el arcángel san Miguel? ¿Será que —como dice Menéndez y Pelayo— es escritor "profuso de palabras más que de ideas, un tanto cuanto batológico"? ¿Será mera retórica? Más misterioso aún me parece que los censores hayan dejado pasar estas extravagancias, aunque es posible que lo que yo llamo tales no fueran en el siglo xvii más que "discreteos" y similares encaminados a fomentar una devoción considerada buena e inocuos en sí mismos. En todo caso los estudiosos del arte deben felicitarse porque esta manga ancha de las autoridades eclesiásticas del xvii —en última instancia y a través del estudio de Báez Macías— permite entender mejor el sentido de una pintura ya muy lejana a nosotros.

Y con esto termino con el bizantino tema de los ángeles, pues si lo que sus "biógrafos" dicen de él resulta cierto, no quiero que me ocurra con san Miguel lo que al obispo Auberto (p. 31), ni tampoco lo que al indio Diego Lázaro (pp. 41-42).

Elsa Cecilia Frost
El Colegio de México